

# Aymara... mapuche... ¿lenguas o dialectos?

(En torno a la valoración social  
de los vernáculos chilenos)\*

ADALBERTO SALAS\*\*

## 1

¿El mapuche... el aymara... el pascuense... son lenguas o dialectos? Es una pregunta que frecuentemente me ha sido hecha, fuera y dentro del ambiente universitario, en los veinticinco años que he estado dedicado a la descripción de los vernáculos chilenos.

Está claro que quienes lo preguntan dividen el lenguaje humano en dos grupos cualitativamente separados: lenguas y dialectos, de manera que una forma dada de lenguaje, por ejemplo, el castellano, o es lengua o es dialecto, pero no lengua y dialecto al mismo tiempo. Además, por sí misma, la pregunta revela que estas personas sienten que el dialecto es intrínsecamente inferior a la lengua. Así, nunca preguntarían si el castellano es una lengua, pero tienen sus dudas y reservas con respecto a nuestros vernáculos: aymara, mapuche, pascuense. En consecuencia, lo que en realidad preguntan es algo

\* Esta es una versión ligeramente revisada de la Clase Inaugural del Año Lectivo 1995, que leí el pasado 3 de abril en la ceremonia de recepción a los nuevos estudiantes, organizada por el Centro de Alumnos de Español, Facultad de Educación, Humanidades y Arte de la Universidad de Concepción.

\*\* ADALBERTO SALAS: Profesor de Lingüística y Etnolingüística en la Universidad de Concepción. Doctor en Lingüística.

así: ¿es el mapuche (o el aymara o el pascuense) una verdadera, auténtica lengua, o es algo menos, o le falta algo para serlo, o sea, es sólo un dialecto?

Muchas personas que encontré tenían ya la respuesta y únicamente esperaban de mí una autorizada confirmación o pretendían demostrarme la finura de su percepción de la realidad. Para muchos ariqueños e iquiqueños el aymara es sólo un dialecto, como lo es el mapuche para mucha gente de Malleco y Cautín, o el pascuense en la opinión generalizada entre los porteños de Valparaíso.

Así las cosas, la percepción que la gente tiene sobre el estatus de los vernáculos chilenos en relación a la dicotomía lengua/dialecto, oscila entre la duda y la negación de su categoría de lenguas: ¿Son lenguas o dialectos?/ No son lenguas, sólo son dialectos.

Durante varios años estuve realizando en la ciudad de Temuco un sondeo semiformal de opinión en el segmento medio-alto educado urbano, dirigido a hacer explícitos los conceptos de lengua y de dialecto que se ha formado la gente que vive una situación real de contacto entre el castellano y un vernáculo indoamericano, el mapuche o araucano o *mapudungu*. Es muy posible que la situación de la Araucanía se repita, con variaciones menores, en las otras áreas bilingües del país.

Hay que hacer notar que dadas las características socioculturales del segmento en el cual se realizó el sondeo, no hubo encuestados que tuvieran algún grado siquiera mínimo de competencia en mapuche. Sus opiniones tienen, entonces, la categoría de estereotipos sociales, o sea, de juicios aprendidos de su propio ambiente social, no formados por observación de la realidad.

El sondeo mostró que invariablemente las personas categorizan como lenguas al castellano, al inglés, al alemán, al francés, o sea, a las formas de lenguaje de las potencias europeo-occidentales, sobre la base de atributos que consideran presentes en las lenguas y ausentes de los dialectos, y que se entienden como causa de su estatus más alto. Se hablan por medio de sonidos bien articulados, fijados por la escritura, que se combinan en secuencias claras, armoniosas, pronunciables con gracia y elegancia. Los dialectos están formados por ruidos inarticulados, que no se pueden representar por sistema alguno de escritura, y que se entremezclan en secuencias caóticas e irrepetibles que sólo se pueden interpretar, pero que no se entienden. En las lenguas las palabras se combinan para formar frases, oraciones, discursos, según pautas muy bien establecidas, que siguen reglas

claramente formalizadas, y que permiten formar un número infinito de enunciados largos y elaborados, capaces de expresar los más sutiles matices del pensamiento. En los dialectos las pocas palabras se combinan al azar y de un modo muy limitado, posibilitando la formación de un número muy reducido de mensajes, muy simples, siempre vinculados a situaciones elementales y concretas. Muchas personas describen esta situación diciendo que las lenguas tienen gramática y los dialectos no. Precisamente, por tener una escritura que fija sus sonidos y una gramática que regula su uso, las lenguas son estables, en tanto que los dialectos, sin escritura, sin gramática, son caóticos y carecen de uniformidad en el espacio (cambian de un lugar a otro) y de permanencia en el tiempo (cambian de una generación a otra).

Así, en la concepción popular, las lenguas por estar compuestas por sonidos articulados, están representadas gráficamente por medio de un sistema de escritura, típicamente el alfabeto latino (la lengua tiene escritura, el dialecto no). Las lenguas son materia de erudición y cultivo: se enseñan y estudian formalmente en escuelas, colegios, liceos, institutos y universidades, a partir de un sistema oficial que establece su uso correcto en textos de gramática y en diccionarios (las lenguas se estudian, los dialectos se usan “así no más”). Las lenguas tienen una gramática compleja y elaborada y vocabularios ricos y muy especializados relativos a las artes y letras, filosofía y humanidades, ciencias y tecnologías, lo que permite la discusión y enseñanza oral y escrita de estos temas (las lenguas son civilizadas, los dialectos no). Por cierto, este último atributo se vincula con una concepción popular de cultura que incluye únicamente a las creaciones intelectuales y artísticas prestigiadas de la civilización europeo-occidental. Las sociedades que a lo largo de toda su historia han participado como protagonistas activos en las actividades intelectuales y artísticas superiores, son sociedades de cultura y sus formas de lenguaje son verdaderas lenguas, o lenguas de cultura, como también se las suele llamar.

Para quienes participan de este sistema de creencias, los vernáculos chilenos (aymara, mapuche, pascuense) son objetivamente dialectos, no lenguas. No tienen sistema de escritura, se aprenden solamente por vía tradicional y se utilizan únicamente en la vida interna tradicional de los grupos indígenas. Los aborígenes no participan como grupo, utilizando sus propias hablas vernáculos en las actividades prestigiadas de la civilización europeo-occidental. Individuos aislados sí, pero utilizando el castellano. En consecuencia, en la concepción popular, hablar de “lenguas y culturas

vernáculos” es una contradicción *in terminis*: los aborígenes están al margen de la cultura y lo que ellos hablan no son lenguas, sino sólo dialectos, o nada más que dialectos.

Desde la perspectiva de la civilización occidental moderna, las formas de vida de las sociedades aborígenes, incluidas sus hablas vernáculos, son primitivas y salvajes. Son, además, minoritarias: las lenguas autóctonas chilenas son habladas por menos del 5% de la población total del país; el otro 95% es monolingüe de castellano y culturalmente hispánico. Hay más: el patrón indígena de residencia es rural, en el interior de una nación eminentemente urbana –el 80% de la población chilena reside en ciudades. Además, el castellano es la lengua oficial nacional, con exclusión de cualquier otra. Es, entonces, la única lengua del gobierno, de la administración pública, de la justicia, la educación, los servicios, el comercio, los medios de comunicación masiva, en fin, de la vida global de la nación. El prestigio social, el volumen poblacional, la densidad de comunicación, etc., están del lado del castellano y de la cultura y civilización hispánicas. Los vernáculos tienen una circulación restringida: se usan casi exclusivamente para interacciones cara a cara entre campesinos indígenas, localizadas en el ambiente familiar y comunal y orientadas temáticamente hacia su propia vida tradicional. De hecho, los vernáculos circulan al margen de la vida de la nación, asociados a grupos minoritarios que son considerados inferiores en la jerarquía social.

## 2

Las ciencias sociales tienen otras respuestas. Para los efectos de esta conversación vamos a decir que en el uso académico la palabra “cultura” incluye todo el comportamiento humano socialmente aprendido, en oposición a aquella parte genéticamente heredada. Esto significa que toda forma de comportamiento humano que requiera saber, es cultural. En este sentido, diseñar, fabricar y usar una honda de voleo o un cohete espacial, son comportamiento cultural, y la honda y el cohete son objetos culturales, o sea, son cualitativamente miembros de la misma clase. El mismo cerebro y la misma mano crearon el boomerang y la proyección satelital de imágenes, ejercitando las mismas facultades. En cuanto ejercicio y producto del saber no hay diferencia esencial entre construir un iglú o un rascacielos.

La sensación de frío está originada en nuestras características biológicas y es compartida con los otros mamíferos terrestres, pero crear prendas de abrigo es comportamiento cultural, específicamente humano. Ahora bien, abrigarse con un poncho de lana cruda, con una túnica de piel de oso, con una parka de tela raquelada, o con un capote de paño, son diferentes respuestas culturales, dadas por diferentes grupos o subgrupos humanos. Así, todo hecho humano que dependa del equipamiento biológico es universal a la especie *Homo Sapiens*, y es compartido en diferentes grados con otros animales: hominoídeos, primates, mamíferos, etc. En cambio, el comportamiento cultural es universal en la especie humana y privativo de ella.

En el sentido que se ha presentado, no existe grupo humano desprovisto de cultura, ya que ésta es el mecanismo básico y único de adaptación de la especie al medio. Los animales no humanos se adaptan biológicamente a su medio, evolucionando genéticamente. El *Homo Sapiens* se adapta culturalmente, o sea, creando las respuestas apropiadas a su entorno natural y social. Para resumir. Para el cientista social los enunciados “cultura aymara”, “cultura mapuche”, etc., están llenos de un profundo sentido que es precisamente el que motiva y justifica todo su trabajo académico.

### 3

Todo ser humano está genéticamente programado para hablar, pero aprende a hablar de su grupo social solamente en la forma específica de lenguaje humano articulado que se habla en éste: inglés, castellano, mapuche, alacalufe, etc. En este sentido, aunque permitido y exigido por el equipo biológico humano, el lenguaje es una forma de comportamiento cultural, ya que es adquirido por vía social. Destaquemos que al mismo tiempo que el lenguaje es transmitido culturalmente, la mayor parte de la cultura se transmite verbalmente, por medio del lenguaje, o sea, éste es simultáneamente parte y vehículo de la cultura. A medida que el niño aprende la lengua de su medio, aprende la cultura que éste ha desarrollado, y se integra a la cultura del medio a medida que va aprendiendo su lengua. Lengua y cultura están tan entrelazadas una en otra que su adquisición sólo ocurre simultáneamente.

Resumiendo. A diferencia de la concepción popular, para las ciencias sociales no sólo es verdadero, sino además crucial, el hecho de que los grupos indígenas tienen su lengua y su cultura, diferentes a otras lenguas y otras

culturas, pero diferentes sólo en la superficie externa, en cuanto manifestación específica del lenguaje y la adaptación cultural como rasgo universal y privativo del Homo Sapiens.

#### 4

El hombre no es el único animal que exhibe comportamiento comunicativo. Conocidísimos son el comportamiento comunicativo de las abejas, los delfines y los gibones. Sin embargo, el lenguaje de vía oral-auditiva humano es único en el reino animal porque ostenta atributos que no aparecen en la comunicación animal y que hacen de él el medio comunicativo más poderoso y eficiente conocido.

Estos atributos se advierten muy claramente si se compara el lenguaje vía oral-auditivo humano con la comunicación oral-auditiva de una especie animal muy cercana al Homo Sapiens, un hominoídeo póngido, el gibón del sudeste asiático.

Los gibones se comunican entre sí por medio de nueve a doce gritos enteramente diferentes entre sí, cada uno de ellos asociado con una situación dada, por ejemplo, agua, comida, agresor, etc. Notemos que la emisión del grito apropiado es un acto reflejo: frente al estímulo el gibón emite forzosamente el grito correspondiente, el que no puede ser emitido en ausencia del estímulo. En cambio, la comunicación humana es deliberada: tiene lugar sólo si es deseada. La comunicación del gibón es improductiva: el animal no puede producir un grito nuevo para una situación nueva, como tampoco puede combinar los gritos existentes frente a situaciones complejas, por ejemplo, comida y agua y agresor. El lenguaje humano, por su parte, es siempre productivo: en mapuche o en inglés, el ser humano puede emitir un mensaje que nunca emitió antes y de entender un mensaje que nunca escuchó antes. En la comunicación de los gibones como cada grito está asociado con una situación, la única posibilidad de enriquecer la comunicación es el aumento del número de gritos enteramente diferentes, pero si el número de situaciones crece, pronto se agotará la capacidad articuladora del animal para producir nuevos gritos y su capacidad auditiva para discriminar entre ellos. Este sistema es finito y cerrado.

El lenguaje humano es inagotable porque está basado en una mecánica completamente nueva y única en las especies animales:

–los mensajes humanos están formados a partir de un inventario reducido y limitado de sonidos y ruidos o combinaciones sonido-ruido, muy estables, o sea, siempre idénticos a sí mismos, con margen mínimo de variación, muy breves –unos 10 ó 12 en el segundo, claramente diferentes unos de otros, de fácil producción y discriminación. Son los llamados “fonemas”. De éstos, algunos, los menos, son nucleares –las llamadas “vocales”– y sirven de apoyo a los otros, llamados “consonantes”. El castellano tiene 5 vocales y 17 consonantes, el mapuche tiene 6 vocales y 24 consonantes, el aymara tiene 3 vocales y 24 consonantes. Los fonemas no tienen significado, pero combinados paulativamente unos con otros forman unidades que sí tienen significado, llamadas “palabras” (de un modo inexacto, pero cómodo para esta conversación). Así, dos mensajes humanos diferentes no necesitan ser completamente diferentes (como los gritos del gibón), basta que sea diferente un fonema, como en *necesito un baño/necesito un paño*. Se dice, entonces, que los fonemas son “contrastivos”. Se comprende así que cualquier lengua humana puede tener varios cientos de miles de palabras obtenidas por combinación regulada de sus fonemas. El número es alto, muy alto, pero todavía finito. Para lograr un número infinito de mensajes se requiere algo más;

–las palabras se combinan entre sí y forman frases, éstas se combinan entre sí y forman cláusulas, éstas se combinan entre sí y forman períodos, éstos se combinan entre sí y forman párrafos, éstos se combinan entre sí y forman discursos. En cualquier punto de la cadena la combinación es recursiva, o sea, puede volver a ocurrir indefinidamente. Cada combinación puede funcionar como cualquiera de sus componentes (una frase como palabra, una cláusula como frase o como palabra, etc.). Cada nueva combinación tiene un significado nuevo, derivado del significado de los componentes más el significado intrínseco de la combinación. Así, *la casa de la perra* tiene un significado distinto a *la perra de la casa*. Los mismos componentes en el mismo orden, pero subagrupados de manera distinta tienen diferentes significados, como en *comió galletas de miel y nueces*: si *miel* y *nueces* están agrupadas, la oración significa una cosa (las galletas estaban hechas de miel y nueces), si *nueces* está aislado y añadido al subconjunto *galletas de miel*, la oración significa otra cosa (las galletas estaban hechas de miel, y venían servidas con nueces). Se comprende que con este recurso el número de mensajes (“oraciones”) posibles en una lengua sea transfinito.

El grito del gibón requiere necesariamente la presencia del estímulo, de

modo que cuando un individuo escucha un determinado grito, todo lo que “sabe” es que el estímulo correspondiente ingresó al campo sensorial del emisor. El grito aparece entonces como correlato fijo de la presencia del estímulo –tal como el humo es correlato de la presencia de fuego. El mensaje humano puede funcionar como correlato de una situación dada, pero además puede darse en ausencia de la situación: un enunciado como el mapuche *ngerkeley ko* ‘¡no hay agua!’ no es posible para un gibón. El ser humano puede “teñir” su mensaje indicando cómo enfoca la existencia de la situación: como factual *küipay* (‘vino’), como hipótesis *küipale* (‘si viene’), como negación *küipalay* (‘no vino’), como deseo *kupape* (‘¡que venga!’); puede combinar enfoques, por ejemplo, hipótesis-negativo-irreal *küpanofule* (‘si no hubiera venido’). Puede referirse a la realidad directamente o de modo oblicuo: *küimey* ‘es bueno’/ *wedalay* ‘no es malo’; puede hacer enunciados metafóricos: *kuliw purupurungey* ‘el huso de hilar está bailando (o sea funcionando)’ o fantástico, como *lauma kawellu akurkey* ‘¡llegó el caballo que estuvo muerto y resucitó!’ o contradictorios como *ñi ñawe kümewechewentrungey* ‘mi hija es un buen muchacho’, etc. Esta flexibilidad sin límites del lenguaje humano le permite al hombre decir en su lengua todo lo que él quiera decir y cómo lo quiera decir, o sea, le da un potencial expresivo inagotable.

Llamemos “dualidad de pauta” al primer atributo, “gramaticalidad” al segundo atributo y “multimodalidad” al tercero. Todas las lenguas humanas exhiben dualidad de pauta, gramaticalidad y multimodalidad y por lo tanto todas funcionan de la misma manera y tienen el mismo potencial comunicativo, independientemente del grado de desarrollo científico y tecnológico del grupo que las habla.

Si llamamos “léxico” al conjunto de palabras de una lengua y “gramática” a las pautas que regulan la combinatoria, debemos concluir que toda lengua humana tiene su léxico, constituido por palabras que están formadas por los fonemas de esa lengua: las palabras contenidas en el léxico se combinan entre sí según las pautas de la gramática, las que permiten sólo la formación de oraciones aceptables en esa lengua y excluyen automáticamente la formación de oraciones inaceptables. El hablante que aprendió una lengua dada, sea castellano o inglés, aymara o mapuche, sabe producir, reconocer y combinar los fonemas de esa lengua y puede entender y producir las palabras y combinaciones de palabras de esa lengua. Sabe una cantidad de palabras apropiada a su edad, desarrollo cognitivo y experiencia vital, y



a cada momento puede aprender una palabra nueva. Según necesidad el hablante selecciona del léxico las palabras que necesita y las agrupa y reagrupa jerárquicamente y siguiendo las pautas de la gramática que ha internalizado, arma la oración requerida para la interacción social con las otras personas de su grupo, o sea, aquéllas con las que comparte la lengua y la cultura.

## 5

Cada grupo humano acuña las palabras necesarias para manipular verbalmente su cultura, ni una más ni una menos. Acuñará en palabras todo lo que sabe del mundo natural, social y humano. En este sentido, no hay lenguas de vocabulario absolutamente rico o absolutamente pobre. Como cada grupo tiene todas las palabras que necesita, los conceptos de riqueza/pobreza de vocabulario no le son aplicables: nada le falta, luego no es pobre; nada le sobra, luego no es rico. Además, si en un momento dado surge una nueva necesidad, fácilmente se crea una palabra nueva o se adapta una ya existente o se toma una palabra de otra lengua, o se acuña un circunloquio; así la necesidad se satisface cómodamente. Como éstos son atributos de todo el lenguaje humano, cada forma particular bajo la cual éste aparezca en un grupo humano dado es una lengua. Cada lengua difiere de otras en el inventario de unidades, en las reglas de combinación y en la cultura específica de la que es parte y vehículo. Las lenguas humanas siguen todas los mismos principios de funcionamiento. Son esencialmente idénticas y superficialmente diferentes.

Como ya fue dicho, el lenguaje de vía oral-auditiva, con los atributos descritos es universal al Homo Sapiens y privativo de él. Los pueblos más “civilizados” y los más “primitivos” coinciden en la posesión, consustancial a su humanidad, de este instrumento de comunicación, el más poderoso conocido. Ningún otro animal, ni siquiera los más cercanos al hombre, posee algo similar.

En su agresividad, el hombre europeo-occidental ha tratado de despojar de su lenguaje a otros hombres y ha tratado de dárselo a otros animales, y ha fracasado. Cuando el plantador caribeño pobló su hacienda con esclavos africanos de diferentes lenguas para que no pudieran hablar entre ellos, lo que pretendió fue despojarlos de su humanidad para dejarlos en el estatus

de bestias de labor, pero eran hombres y en el lapso de pocas generaciones habían formado una lengua nueva, con todos los atributos correspondientes, formada con elementos tomados del fondo común a las lenguas de Africa Occidental, reestructuradas con componentes tomados de la lengua europea del plantador. Cuando se ha tratado de enseñar una lengua humana a chimpancés de laboratorio, se ha encontrado que el equipo biológico de estos animales no es permisivo de la existencia de lenguaje de vía oral-auditiva como el del Homo Sapiens.

## 6

Cada grupo humano posee su forma específica del lenguaje, que lo distingue de otros grupos y unifica a todos sus miembros. Dos o más formas de lenguaje que tienen un fondo común de fonemas, léxico y gramática y un pasado histórico compartido, constituyen una lengua, a pesar de eventuales diferencias que puedan existir entre ellas. Así, lo que se habla en Chile es parcialmente diferente, parcialmente semejante a lo que se habla, por ejemplo, en México. Constituyen la misma lengua: el castellano. El habla de Chile y la de México son dos dialectos del castellano. Entonces, la manifestación concreta de una lengua en un lugar geográfico dado, es un dialecto. En otras palabras, una lengua está compuesta por dialectos regionales. Algunos dialectos del castellano son el de Castilla, el de Andalucía, el de México, el de Río de la Plata, el de macizo central andino, etc. El mapuche es otra lengua, con sus propios dialectos: el *picunche*, hablado en Malleco; el *moluche* o *ngoluche* de Cautín y el *pehuenche* hablado en la precordillera de los Andes. El aymara es otra lengua, manifestada en Chile por dos dialectos, uno nortino, hablado en el altiplano de Parinacota y otro sureño, hablado en el altiplano iquiqueño. Lenguas habladas en un solo punto geográfico, como el pascuense de Hanga Roa en Isla de Pascua, o el alacalufe de Puerto Edén, en la XI Región, están manifestadas por un solo dialecto.

Los dialectos de una lengua pueden presentar entre sí pocas o muchas diferencias. Así, contra lo que la gente cree, entre el mapuche de Cholchol, en Cautín, y el de Rucachoroy, en Neuquén, Argentina, hay muchas menos diferencias que entre el castellano de Santiago y el de Buenos Aires. Entre el aymara de La Paz, en Bolivia, y el de Isluga, en Chile, las diferencias son

menos que las que hay entre el castellano ariqueño y el castellano pazeño. Incidentalmente –contra lo que la gente cree– los vernáculos suelen ser también muy estables en el tiempo. Así, el mapuche de fines del siglo XVI es prácticamente igual al que se habla hoy en la Araucanía, en tanto que el castellano ha experimentado grandes cambios en el mismo lapso. Volviendo al punto: entre los dialectos de una misma lengua se dan siempre las condiciones de cohesión interna, o sea, percepción de la unidad y de diferenciación externa, o sea, percepción de la separación con respecto a los dialectos de otra lengua. La cohesión interna y la diferenciación externa no son nociones analíticas que se desprendan lógicamente de una teoría o principios que se postulen, sino que son realidades empíricas que deben ser descubiertas por medios empíricos en cada caso real.

La cohesión interna y la diferenciación externa no deben ser confundidas con la comprensibilidad. Si en Colombia escuchamos “¿un tintito?” podemos creer equivocadamente que nos han ofrecido un vaso de vino tinto; necesitaríamos que nos aclaren que se trata de un café sin leche, pero aún así, sabemos que nos hablaron en castellano. En cambio “¿um cafezinho?” es inmediatamente comprendido correctamente, pero como un enunciado de otra lengua, el portugués brasileño. Los pascuenses entienden perfectamente el tahitiano, sin preparación o experiencia previa, pero no vacilan en considerarlo otra lengua, no una variedad del pascuense. En cambio, no sabemos qué es un “mole picoso con guajolote”, pero no nos cabe la menor duda de que es castellano.

Resumiendo lo dicho hasta ahora. Lengua y cultura son dos propiedades universales y privativas de la especie humana. Los distintos grupos humanos difieren superficialmente en la manifestación concreta de estas dos propiedades de la especie. Así, en Chile conviven una cultura hispánica, europeo-occidental y tres culturas vernáculas: aymara, mapuche y pascuense. Son cuatro culturas diferentes, pero las cuatro son culturas. Cada una de éstas está entretejida con su propia lengua: el castellano de filiación indoeuropea, el aymara y el mapuche, indoamericanos; y el pascuense, malayo-polinésico. El castellano hablado en Chile es uno de los dialectos constituyentes del castellano. Por su parte, el mapuche está manifestado por tres dialectos: el picunche, el moluche o ngoluche, y el pehuenche. El aymara de Chile parece estar subdividido en dos dialectos, nortino y sureño, muy poco diferenciados entre sí.

Para las ciencias sociales, la pregunta ¿es lengua o dialecto? no tiene

sentido, ya que toda lengua está formada por dialectos y todo dialecto lo es de alguna lengua. La valoración despectiva de los vernáculos implícita en la pregunta que comentamos, se basa en una apreciación sesgada de la realidad, que pasa por alto un hecho demostrable: cada vernáculo chileno es una lengua, como cualquier otra de las cuatro mil que habla el Homo Sapiens y sólo el Homo Sapiens. Están basados en los mismos principios de funcionamiento en que está basado todo el lenguaje humano y sólo el lenguaje humano. Como toda otra lengua, el aymara, el mapuche y el pascuense verbalizan la cultura de sus respectivos grupos y traducen su identidad sociocultural.

La visión peyorativa de los vernáculos chilenos es parte de nuestra realidad social y, por lo tanto, es legítimo tema de estudio para el hombre de ciencias, quien tratará de describir cómo actúa, encontrar sus causas y predecir sus consecuencias. El hombre de ciencia no acusa, no elogia, no denuncia, no alaba. No juzga ni condena a los hombres, sino trata de entenderlos.

La sociedad nacional chilena está poco habituada a la convivencia con grupos aborígenes. De hecho, el contacto real con las sociedades vernáculos es un acontecimiento relativamente reciente, de poco más de cien años. La República consideró suyas las tierras indígenas y las ocupó para habitarlas y explotarlas como parte de su patrimonio territorial. Los pueblos aborígenes fueron considerados como un componente extra, no deseado, incómodo, molesto o peligroso para el asentamiento y la explotación de la tierra, frente al cual las únicas medidas concebibles fueron asimilatorias: cristianización, castellanización, integración al segmento de pequeños agricultores y ganaderos. Así, durante cien años la política indígena nacional estuvo orientada hacia la misionalización cristiana, la creación de escuelas según la pauta europea, la dictación de leyes occidentalizantes en relación al acceso indígena a la tierra.

En la sociedad chilena, hispánica por la lengua y la cultura, partícipe de la civilización europeo-occidental urbana moderna, los pueblos aborígenes fueron evaluados como restos vivientes prehistóricos, o sea, exponentes de un estadio primitivo de la historia de la humanidad felizmente superado hace mucho tiempo. Como labriegos y pastores de subsistencia no fueron bien recibidos en una sociedad que valoriza la urbanidad, el éxito, la riqueza, la participación en los bienes, comodidades y calidad de vida que proporcionan las ciencias y las tecnologías, asegurada por la acción en negocios

rentables y en profesiones que se alcanzan en la universidad. Como los indígenas suelen hablar mal castellano, son mal recibidos en una sociedad en la cual el buen uso de la lengua es, el menos nominalmente, bien valorado, en el sentido de que es señal de alto nivel educacional. Circularmente, como los indígenas son campesinos, pobres y hablan poco o mal el castellano, quedan al margen de la educación, lo que por cierto restringe sus posibilidades de mejorar su estatus para el sistema de valores occidental moderno. Como su conducta verbal y no verbal suele no ser la esperada por los hispánicos, éstos los evitan, acusándolos de falta de urbanidad (“roce social”), con lo cual se produce una segregación que no es racial, sino cultural y lingüística, y que está motivada, no tanto en los indígenas como en los hispanos, quienes desvalorizan la identidad vernácula, no por sí misma, sino porque para ellos el valor más culto de la humanidad está en la civilización europeo-occidental moderna urbanizada. Para la población hispánica quien está fuera de los suyos en la lengua y la cultura, es ipso facto desvalorizado. La descalificación a priori de los vernáculos a un supuesto estatus inferior de “dialecto”, puede ser considerada manifestación de una actitud eurocentrista que orienta toda la valorización de la identidad sociocultural propia y ajena.